

BILLBARNES . Loshalcones del cráter

George L. Eaton

CAPÍTULO I LOS HALCONES DEL CRÁTER

-¡Malditas sean mis bujías!

Shorty Hassfurther lanzó estas palabras en voz estridente y chillona a causa de la excitación que le dominaba.

-¡Que me ahorquen si ese avión fantasma no vuela otra vez por encima de nosotros!

Observaba una sensible aguja que vibraba al compás de un lejano y potente motor.

Los otros hombres de la sala de mandos del campo de aviación de Bill Barnes, en Long Island, Nueva York, cesaron en sus conversaciones.

La finísima aguja, dejando su señal de tinta sobre el gráfico, era la única parte visible de un complicado mecanismo, cuyos aparatos principales estaban instalados en la azotea de la torre de mando.

El grupo que rodeaba el gráfico observaba, conteniendo el aliento, como la negra línea señalaba el constante zumbido de un motor poderoso a unos quince mil pies de altura.

Esto es muy extraño -resopló Red Gleason.

-Muy asombroso -comentó Beverly Bates. Gleason contemplaba asombrado lo que iba señalando la aguja. Pues ante sus ojos, en el gráfico, sucedía una cosa extraña. La sensible aguja indicaba la misma cosa sorprendente que señalara todas las noches en aquella misma hora durante la semana pasada.

El aparato eléctrico informaba, gracias a su fina sensibilidad, que un avión volaba en círculo sobre el aeropuerto, a quince mil pies de altura, señalando la aguja todas las palpitations del motor. Lo extraño era que, en el momento que el ritmo del motor alcanzaba mayor intensidad, cesaba de repente, como si el aparato desapareciese por completo sin dejar el menor rastro.

¡Era un verdadero misterio!

Los hombres que contemplaban el gráfico se miraron, intrigados.

Shorty fue el primero en romper el silencio.

-Me remontaré a averiguar de qué se trata. No es natural dejar un avión colgando del cielo de esa manera.

Desde luego, sólo Hassfurther era capaz de hacer semejante sugerencia en una noche tempestuosa como aquélla. Shorty Hassfurther era lo que se llama un «mecánico de pilotos».

En otras palabras, Shorty, en lugar de aterrizar normalmente, solía hacerlo con una espectacular caída de ala, desde dos mil pies de altura. Era el favorito de los pilotos, pero sus cuentas de reparaciones eran asombrosas.

En sus días juveniles de estudiante aterrizó violentamente cuando intentó pasar, retando a la muerte en un «Standard» de poca potencia los tres puentes del río Brazos, en Waco, Tejas. El primero lo cruzó por debajo, el segundo por encima y en el tercero se estrelló, con el cual realizó la hazaña.

Se levantaron protestas en el grupo que le rodeaba. Todos aseguraron alarmados que no era noche para una ascensión. Pero antes de que terminasen de hablar, Hassfurther salió del edificio de mandos poniéndose su «mono» viejo y sucio mientras corría.

Las luces se encendieron en el hangar número 3. Se oyó el rugido de un motor calentándose con un ocasional retroceso de la llama de explosión antes de convertirse en el zumbido constante y rítmico del motor funcionando con suavidad.

Entretanto Shorty no perdía el tiempo.

Las grandes puertas del hangar se abrieron y los pilotos, que ocupaban el cuarto de señales, vieron la borrosa figura de Hassfurther en la cabina del «Snorter» de Barnes, avión de tipo nuevo de un solo motor, verdadero aparato de exploración, notable por la facilidad con que despegaba.

Breves segundos después penetró en la oscuridad de la noche y desapareció dejando tras sí tan sólo el rugido rítmico de su motor, que iba debilitándose a medida que se elevaba con rapidez entre las nubes.

Abajo, en la torre de observación, sus compañeros, moviendo la cabeza en señal de desaprobación, se dispusieron a seguir observando el gráfico. La pulsación del motor de Shorty Hassfurther se registraba perfectamente ahora y el pequeño grupo de amigos contemplaba su paulatino ascenso a 5.000, 6.000 y 7.000 pies de altura.

Siguió remontándose hasta que la línea de la aguja señaló los 14.000 pies.

Entonces sucedió algo extraño. La aguja saltó de una manera intermitente, registrando una serie de líneas desiguales. De pronto quedó inmóvil, el motor de Shorty Hassfurther calló de manera tan misteriosa como el fantasmal visitante a quien fue a buscar.

Los hombres reunidos alrededor del aparato eléctrico quedaron sumidos en profundo silencio. Se contemplaron mutuamente, sin hallar explicación al sorprendente caso.

-¿Qué le habrá sucedido a ese muchacho? -la voz suave de Cy Hawkins rompió el silencio-. Debe haber topado con algo muy extraño.

Cy Hawkins, cayo hablar lento y perezoso nunca delató ningún indicio de nerviosismo, ni siquiera cuando por una apuesta de veinte dólares derribó con la barra transversal de su tren de aterrizaje la aguja de bronce de la iglesia metodista de Charlotte, demostró en aquel momento un leve vestigio de excitación.

-Si no fuese religioso, diría que el mismo diablo está jugando en el aire -exclamó Scotty Mac Closkey, que se esforzaba en ver a sus compañeros.

Scotty Mac Closkey era un antiguo piloto que, en los días heroicos, antes de que se extendiese el uso de los paracaídas, permaneció en un avión incendiado, con un pasajero a bordo, mientras las llamas le azotaban el rostro.

La experiencia le quemó los ojos de tal manera, que casi perdió la vista. Ni siquiera sus fuertes lentes le servían para aterrizar.

No obstante, Scotty era capaz de hacer maravillas con un motor, excepto hacerle hablar y servir la mesa. Después de la guerra pasó a la aviación civil, hasta que al fin llegó a ser un miembro valioso e imprescindible del grupo eficiente que juntó sus fortunas con Bill Barnes.

Una explicación psíquica o sobrenatural sería la única que encajaría en este caso extraordinario -declaró la voz precisa de Beverley Bates, y en su tono, algo doctoral, se notaba un leve destello de emoción e inquietud.

Red Gleason, sentado en un borde de mesa, murmuró desdeñoso:

-Todo este hablar de fantasmas me revienta el depósito de gasolina. Todo cuanto sabemos es que un aeroplano extraño merodea todas las noches por encima del campo. En mi opinión, se trata de algún militar que intenta averiguar el secreto del avión misterioso de Bill Barnes.

Los compañeros le contemplaron pensativos. Para ellos, el misterioso aparato que Bill Barnes iba perfeccionando significaba el triunfo y la fortuna.

Servían con lealtad, apoyando con todas sus energías a Bill Barnes en su labor.

Y aquel día marcaba la culminación de meses de trabajo y preocupación.

Pues aquella misma noche, Rufus Hibben, el «caballo blanco» que hacía mucho tiempo buscaban, aceptó la propuesta de financiar los experimentos de Bill Barnes con un cheque por la friolera de cien mil dólares.

Sabían que en aquel momento Rufus Hibben estaba sentado en la oficina particular de Bill Barnes, con el talonario de cheques delante de él y una pluma dispuesto a firmar, mientras examinaba de nuevo los pliegos escritos a máquina del contrato extendido. Desde donde estaban sentados, veían la luz de la oficina privada de Bill Barnes, situada en el bungalow al otro lado del edificio de mando. Miraban en aquella dirección cuando vieron la alta figura de Bill Barnes permanecer un momento en el umbral y luego descender con viveza por el sendero, hacia el taller. Distinguieron cómo saludaba a los dos hombres de guardia, antes de entrar al interior.

La puerta se cerró tras él y las luces iluminaron el taller. Evidentemente el aviador interrumpió la conferencia Yendo a buscar algún documento para que lo examinara Rufus Hibben.

El misterio de lo ocurrido sobre sus cabezas, en el cielo oscuro, fue igualado sólo por la ansiedad de conocer el resultado del convenio entre Rufus Hibben y Bill Barnes; y no se podía censurar que observasen con atención la luz brillando en la ventana de la oficina de Bill Barnes, la luz que iluminaba cien mil dólares que significaban una vida mejor y unas esperanzas nuevas para todos ellos. Contemplaban la luz cuando contuvieron el aliento asombrados.

Pues el resplandor se apagó de repente. Y en la oscuridad de aquella oficina oyeron el estampido de un disparo.

CAPÍTULO II EL ASESINATO MISTERIOSO

El disparo llenó de asombro a todos los hombres. Había algo tan claramente mortal y maligno en aquella sola explosión, que a todos les asaltó un intenso temor. Volviéndose de común acuerdo salieron del edificio. Las luces brillaron en otros edificios y todos los empleados corrieron al campo.

Red Gleason fue el primero que entró en el bungalow, seguido de los otros.

Se detuvieron bruscamente al llegar ante la puerta de la oficina. Ésta estaba cerrada con llave.

Red Gleason llamó con los nudillos.

El siniestro silencio que reinaba en el interior hizo palidecer a los aviadores.

Pero Gleason era persona de acción y no perdió el tiempo. Se lanzó con todas sus fuerzas sobre la puerta. Los delgados entrepaños crujieron bajo el peso y el ímpetu del enorme corpachón de Red. Embistió de nuevo y la delgada madera quedó hecha astillas.

La oficina estaba a oscuras. Los otros penetraron tras Gleason y la vacilante llama de una cerilla ahuyentó las sombras. Alguien encontró el interruptor y la habitación se iluminó de repente.

El grupo de hombres permaneció agolpado en la puerta, los de atrás procurando ver por encima de los hombros de sus compañeros. Nadie pronunció una palabra.

El grueso cuerpo de Rufus Hibben yacía, de bruces, sobre la mesa.

Fue el impassible Red Gleason, quien señaló el azulado agujero que aparecía en la sien del muerto.

No se veía ningún arma. El pupitre, único testigo de la tragedia, permanecía silencioso guardando el secreto de lo sucedido. Los hombres del umbral penetraron en la habitación. Oyóse un paso rápido en el pórtico y alguien surgió, de pronto, junto a los aviadores y todos volvieron la vista al interrogante rostro de Bill Barnes, su jefe.

Era alto y rubio como un antiguo vikingo. Sus azules ojos brillaban de energía al mirar los hombres que le rodeaban.

-¿Quién hizo esto? -preguntó ceñudo.

Bill Barnes era de figura imponente y aspecto sereno y majestuoso. Aquel héroe modesto, que en un vuelo prodigioso alrededor del mundo rebajó en cinco horas el récord mundial, a pesar de realizar solo la travesía, aquel hombre tranquilo y enemigo de la publicidad, que en los diez días últimos había visto publicada a grandes titulares, en todos los periódicos de la nación, su última hazaña, un asombroso salto transcontinental, un viaje realizado en catorce horas y seis minutos estableciendo un nuevo récord mundial, aquel hombre era una figura extraña para los periodistas.

Bill Barnes contempló el cadáver. Al mirar en silencio la herida fatal que aparecía en la frente de Rufus Hibben y el rojo charco líquido que se iba extendiendo sobre la superficie del pupitre, el rostro del aviador no reflejó ninguna emoción.

La impresión de aquel inesperado asesinato debió de ser profunda; y la ruina de sus esperanzas cuando llegaban a un punto culminante era, sin duda, igualmente dolorosa, pues el talonario de cheques del muerto veíase abierto delante de él. Y los aviadores podían leer la cifra escrita.

Aquella cantidad era una prueba convincente de que el millonario fue asesinado un segundo antes de firmar el cheque.

-Telefoned a la policía -ordenó Bill Barnes.

Alguien corrió hacia el teléfono y avisó a la policía.

-Que nadie toque el cadáver ni ninguno de los objetos de la oficina -dijo bruscamente Bill Barnes.

Los hombres retrocedieron antes que hubiera terminado de pronunciar estas palabras.

Aparecieron nuevos y asustados rostros en el umbral, mecánicos, engrasadores, mozos de los hangares, incluyendo el joven Sandbag Sanders, el muchacho de dieciséis años cuya afición por la aeronáutica le impulsó a huir de su casa para unirse a Bill Barnes con un fervor profundo que era imposible ocultar. Tras él asomaron los ojos oblicuos de Fernando, el criado filipino que guisaba las comidas de Bill Barnes, le hacía la cama y cuidaba de la casa.

Pero todos retrocedieron cuando el estruendo de una motocicleta anunció la llegada de la policía, que había salido, minutos antes, de una comisaría cercana.

Los agentes trabajaron con rapidez y eficiencia, obteniendo la información que podían de cada individuo. Las declaraciones concordaban. Muchos oyeron el tiro y llegaron corriendo, pero nadie sabía lo que precedió al disparo. Los hombres que miraban por la ventana de la sala de mandos declararon que vieron a Bill Barnes salir de la oficina dirigiéndose a su taller unos cinco minutos antes de dispararse la bala fatal.

Tampoco pudo Bill Barnes arrojar ninguna luz sobre el hecho. Fue a su taller a buscar una hoja de datos referentes a su avión. Dejó a Rufus Hibben sacando su talonario de cheques con el propósito de extender el cheque estipulado en su contrato.

Un examen cuidadoso del cuarto no reveló huellas dactilares ni vestigios de la forma en que se cometió el crimen. Las ventanas permanecían cerradas y, al parecer, nadie las utilizó para entrar o salir.

La puerta estaba cerrada con llave desde el interior. No existía ninguna chimenea por donde pudiera entrar o salir una persona, pues el calor lo suministraba un radiador incrustado en la pared.

Cuanto más examinaban la escena del crimen más perplejos quedaban los policías. Ordenaron por fin se montase una guardia en la habitación y se dejase todo tal como estaba hasta la llegada de los detectives y el juez.

Intrigados y silenciosos, los aviadores regresaron a la sala de mandos, aumentando su número con la presencia de Bill Barnes, que les acompañó severo e impasible. Al esperar todos sus hombres que entrara primero demostraron el respeto que le tenían.

Le respetaban y querían no sólo como hombre y jefe. Describiendo sus habilidades como aviador, todos sus amigos se volvían poetas. Había ganado innumerables competiciones de velocidad, especializándose en las carreras de circuito cerrado, la más peligrosa de las carreras de velocidad.

Sus habilidades arrancaban gritos de emoción y delirio a las multitudes que acudían a presenciarlas, y en ocasiones un silencio de muerte era el tributo a una acrobacia mortal, por ejemplo, las alas del aparato rozando el polvo.

Rizaba el rizo, ejecutaba la caída de la hoja, el vuelo invertido, viradas en redondo, inclinaciones en curva, todo lo imaginable. Además de sus acrobacias, sus records de velocidad y su destreza en el diseño y construcción de aeroplanos, era un héroe mundial debido al fantástico vuelo alrededor del mundo.

Esperaban que hablase cuando se apoyó en un ángulo de la mesa de dibujo instalada en la sala de mandos. Pero antes de hablar Gleason, mirando por la ventana, señaló al exterior.

Todas las miradas siguieron la indicación, observando que acababan de encender las luces del campo para un aterrizaje.

-¿Quién llega a esta hora? -preguntó Bill con voz pausada.

-Shorty Hassfurther -respondió Red Gleason-, y desciende con el motor muerto, si no me equivoco.

Todos se habían olvidado de Shorty y del misterio que le hizo remontar para una investigación, misterio que aumentó después de su partida. Pero cuando su aparato aterrizó de una manera perfecta, recordaron el significado de su vuelo. Reinaba una excitación desusada en el campo.

Los hombres salían corriendo de los hangares congregándose emocionados en torno al aparato de Shorty Hassfurther.

-Ha sucedido algo ahí fuera -dijo serenamente Bill Barnes, y los hombres corrieron al umbral sin más orden.

CAPÍTULO III UN ÁGUILA SE REMONTA

Los aviadores se dirigieron veloces hacia el grupo reunido alrededor del avión de Shorty Hassfurther.

Al principio, los hombres de la sala de mandos temieron que le hubiera sucedido algo a su compañero, pero en cuanto se acercaron al aparato desapareció el temor, pues la voz de Shorty Hassfurther se elevaba en un torrente de invectivas.

-¡Abrochadme la chaqueta impermeable! -su voz resonó a larga distancia-. Si ese fulano de arriba no recibe su merecido, me... -y Shorty pasó a describir la variedad de torturas que infligiría al desconocido.

Bill Barnes interrumpió el torrente de maldiciones con una breve pregunta.

-¿Qué son todos estos gritos, Shorty? -preguntó.

-¡Malditas sean mis bujías! -rugió Hassfurther-. Si ese granuja... -y pasó a detallar sus aventuras; un relato salpicado de muchas frases extraordinariamente gráficas.

Según entendían los oyentes, Shorty, al remontarse, atravesó las primeras nubes y ascendió a una zona superior donde el aire era un poco más claro.

Pero antes de elevarse a muchos miles de pies, topó con otra capa de nubes. Al llegar a los 14.000 pies se puso a buscar al misterioso visitante que tantas noches volara por encima del campo. No distinguió gran cosa en el espacio y en consecuencia para ayudarle en su búsqueda lanzó un cohete.

La bola de luz iluminó el vacío inferior, pero pudo ver muy poca cosa a su resplandor verde. Voló entonces describiendo un amplio círculo sobre el aeródromo y lanzó otro cohete.

Esta vez divisó debajo de él una forma oscura sumergiéndose en una nube.

La forma oscura no estaba a más de mil pies de altura y Shorty se zambulló en sus cercanías, metiéndose en la nube con objeto de encontrar al misterioso objeto.

Perdido en la oscuridad no vio nada hasta salir al otro lado de la masa acuosa. Entonces un rayo errático brilló sobre una superficie metálica hacia la derecha y distinguió en la oscuridad lo que semejaba un aparato de extraña forma. Era tal su color, que sus perfiles se perdían en la noche, pero tuvo tiempo suficiente para distinguir lo que parecían ser las palas de un helicóptero. Aquí el lenguaje de Shorty Hassfurther se hizo, de nuevo, violento.

Unos segundos después de descubrir al misterioso aparato notó una serie de perforaciones en un ala de su aparato y unas rápidas llamaradas iluminaron el

misterioso avión. De pronto cesó el zumbido del motor, comprendiendo Hassfurth que una bala de ametralladora acababa de inutilizárselo.

Shorty juró que su desconocido agresor disparó cuando él empezó a descender sobre él.

Como prueba de la historia de Shorty veíase una hilera de impactos en el ala derecha y partes del fuselaje hechas astillas, que atestiguaban el peligro corrido por el aviador.

El grupo de impresionados rostros en torno a él eran un bálsamo para su alma. Echando una pierna por un costado saltó a tierra pidiendo se atendiera inmediatamente a su motor, jurando que ascendería de nuevo para cazar a aquel bandolero, antes de que pudiera escapar a su persecución.

Bill Barnes detuvo el torrente de palabras pintorescas preguntándole la dirección y altitud del visitante. El aviador le dio en seguida la información.

Los aviadores contemplaron expectantes el rostro de su jefe. Bill estaba impasible, como de ordinario, pero sus ojos llameaban de una manera que no auguraba nada bueno para el aparato fantasma que atacó a uno de sus hombres. Volviéndose, dio una orden a uno de los mecánicos.

Seguido del grupo de sus ayudantes, se dirigió con paso rápido hacia el hangar que alojaba a su aparato misterioso. Reinó mucha excitación entre sus hombres, pues comprendieron que Bill Barnes estaría furioso cuando intentaba buscar al atacante en su poderoso y terrible aparato nuevo.

Y tenían razón. Los dos hombres que montaban guardia en la puerta del hangar particular se sobresaltaron a la llegada del grupo, pero abrieron las puertas con rapidez obedeciendo la breve orden.

Aún con las puertas abiertas sus ayudantes no se atrevían a entrar y aguardaban conteniendo el aliento al oír el ruido de un motor con el retroceso de la llama de explosión y luego el zumbido de una maquinaria potente.

Pocos segundos después saltaron a un lado cuando un avión pequeño y extraño salió al campo. Era un avión compacto, al parecer desprovisto de alas. Iba cubierto de un material semejante al amianto. Tenía una cola de forma peculiar y bajo su armadura veíase una protuberancia extraña, Barnes lo enfiló hacia una pequeña catapulta instalada sobre una base giratoria, apuntando al cielo a un ángulo de noventa grados.

Tuvieron poco tiempo para comentar estas cosas, pues de aquella rara protuberancia, de la parte inferior del avión, surgieron una serie de explosiones breves y agudas y el pequeño aparato ascendió como un cohete dejando tras él una extraña cola de fuego.

-Los cohetes funcionan -murmuró Scotty Mac Closkey-. ¡Y las alas retráctiles!

Los otros miraban arriba mientras el aparato desaparecía dejando tan sólo un leve brillo rojo como señal de su paso.

-Ascenderá a los 14.000 pies de altura como una exhalación -gruñó admirado Shorty Hassfurth.

En cuanto a Bill Barnes, permanecía encerrado en la pequeña cabina de su avión, con la mano en la palanca de una ametralladora de siniestro aspecto.

La velocidad con que se elevó lo dejó aturdido un momento. Observó el altímetro mientras la aguja iba marcando la altura, hasta llegar a los 14.000 pies. Entonces manejó una palanca y un par de alas surgieron, con suavidad, por los costados. El motor rugió y la hélice hendió el aire.

Como una libélula monstruosa, el pequeño aparato se lanzó a través de las nubes, describiendo un magistral círculo por la zona que Shorty Hassfurth le indicó ocupaba el enemigo.

Este primer viraje no le llevó a la vista del avión perseguido y velozmente avanzó hacia la izquierda, buscando por el espacio al visitante. De pronto divisó a cierta distancia, bajo él, un objeto oscuro surgiendo de una nube.

Cambiando la marcha con la velocidad de un relámpago se precipitó sobre su enemigo. En una fracción de segundo el aparato misterioso quedó ante el punto de mira de la ametralladora de Barnes, quien lanzó una lluvia de balas sobre él.

EL brillo de los proyectiles trazadores precedió a Bill cuando su avión se precipitó sobre el desconocido avión. Fue tan rápido su avance, que apenas tuvo tiempo para desviarse un milímetro evitando un choque con el otro avión; pero, al pasar por su lado, distinguió la confusa imagen de un piloto huyendo despavorido a ocultarse entre unas nubes.

La impresión que causó a Bill el aparato misterioso fue la de un avión de forma peculiar rematado por una especie de palas de helicóptero. Delante del piloto tuvo tiempo de distinguir otra atemorizada figura. Cuando pudo dar media vuelta el extraño aparato había desaparecido en una enorme masa de nubes.

Satisfecho de haber enseñado una lección al misterioso visitante, se dirigió a su aeródromo, descendiendo con terrible velocidad hasta una altura de mil pies; entonces movió una palanca situada debajo de su cuadro de instrumentos. Un par de pequeña aletas aparecieron encima del avión y, con su ayuda, Bill Barnes aterrizó verticalmente, entre las luces que señalaban el campo de aterrizaje.

Tan pronto como las ruedas se posaron sobre la húmeda tierra, Bill Barnes metió rápidamente el aparato en el hangar. Las alas y las paletas del helicóptero recogieron en silencio en cuanto el aparato tocó tierra.

Salió del hangar como un águila enfurecida; y en verdad parecía que la reina de las aves se hubiese elevado para castigar a algún intruso audaz y luego regresara con igual velocidad a su nido.

El tiempo de su vuelo fue tan breve, que ninguno de los hombres podía comprender cómo ascendió a una altura de 14.000 pies y después regresó.

No obstante, los que observaron el registro sobre el gráfico fueron los más maravillados, pues la aguja registró velozmente un súbito ascenso a los 14.000 pies, e igualmente, pie por pie, el relampagueante descenso.

-¿Lo viste? -preguntó Shorty Hassfurth.

Bill Barnes asintió con la cabeza.

-Sí, algunas de mis balas le alcanzó, ese pájaro no será tan curioso en el futuro -respondió lacónico.

La alegría que pudo sentir ante la proeza de su aparato se perdió pronto al asaltarle otros pensamientos y los hombros de Bill Barnes descendieron desalentados cuando el grupo se congregó a su alrededor, en la sala de mandos.

-¿Y qué hay de esos cien mil dólares? -preguntó Scotty Mac Cluskey.

Este pensamiento bullía en los cerebros de la mayoría, pero sólo el escocés se atrevió a expresarlo. Los demás habían visto aquel cheque sin firmar, sobre el pupitre, cerca del charco de sangre que señalaba la muerte de Rufus Hibben.

EL aviador movió la cabeza en señal negativa, no mostrando su rostro ninguna señal de la decepción que pudiera sentir.

-Parece que el individuo que mató a Hibben lo hizo adrede, para evitar que dispusiéramos de dinero -observó Shorty Hassfurth.

-En efecto; tiene todas las características de ser premeditado -comentó Beverly Bates.

-Eso fue como una película que vi una vez -exclamó el joven Sandbag Sanders-. Se trataba de un individuo que no quería a otro individuo y el primer individuo...

Se detuvo atemorizado ante el coro de voces que le apostrofó.

La voz de Bill Barnes acalló el clamor, un clamor que él sabía muy bien se promovía para ocultarle la decepción que sus hombres sentían.

-Sí -dijo-. Cien mil dólares se esfumaron y debo confesar que parece como si alguien esperase el preciso momento en que Rufus iba a firmar el cheque, para suprimirlo.

-Es muy extraño -murmuró Shorty, pensativo. Su propia experiencia había quedado relegada a segundo término por aquella tragedia, fulminada con tal rapidez, mientras él volaba en persecución del intruso-, pero no puedo evitar la sospecha de que existe alguna relación entre ese aparato misterioso y el asesinato del pobre Hibben. Tengo una idea...

-Trátala con dulzura -amonestó Red Gleason-. Está en un sitio muy poco concurrido por hermanas tuyas.

-Probablemente hay algo de verdad en tus sospechas, Shorty -declaró Bill Barnes-, pero esta desgracia me obliga a iniciar de nuevo la monótona y desesperante búsqueda de un apoyo financiero, antes que el sheriff se nos eche encima y embargue el campo y cuanto contiene.

Tienes razón -murmuró una voz.

-Y que me cuelguen si sé adonde dirigirme para encontrar dinero. He agotado todas las posibilidades aquí en el Este.

Miró pensativo al espacio: de pronto sus ojos brillaron con una idea súbita y continuó:

-Hay una esperanza, muy remota... Recordáis que cuando hice el vuelo alrededor del mundo, comí en Seattle con un antiguo amigo y me habló de una manera misteriosa, de un lugar donde podríamos encontrar montones de dinero. Esta mañana recibí un telegrama suyo. Aquí está.

Sacó de un bolsillo un arrugado papel, y lo pasó a sus compañeros. Éstos lo leyeron, intrigados, y se lo pasaron unos a otros.

<<Referente asunto discutido informan nuevas noticias sorprendentes. Necesítase cooperación tuya y de tu grupo. Grandes riesgos, pero grandes beneficios. ¿Estáis dispuestos?>>

-¡Cielos! -exclamó Cy Hawkins-. No sé de qué habla, pero estoy dispuesto a todo por una recompensa de importancia.

-No dice cuánto pagará -comentó Scotty Mac Closkey.

-No te preocupes -aconsejó Red Gleason.

-Tú no tomas los asuntos serios de una manera formal -reprobó Scotty, con gravedad.

Los otros esperaban que Bill Barnes diese algunas explicaciones.

-Ignoro de qué se trata -declaró el jefe-, pero creo que se relaciona con una mina de oro.

¡Oro!

Los hombres levantaron la cabeza al oír la palabra mágica.

-Sí, se trata de una mina de oro situada en un lugar de Alaska donde sólo se puede llegar por el aire -explicó Bill Barnes.

-Estoy dispuesto -habló una voz, que fue coreada por los demás.

-Esto parece unánime -observó Barnes-. En tal caso sólo se trata de enviarle un telegrama a mi amigo diciéndole que aceptamos. ¡Eh, Sandbag! -miró a su alrededor buscando al muchacho. Pero no había señal del joven Sanders.

CAPÍTULO IV VISITANTES FURTIVOS

El joven Sanders no era el único que rondaba aquella noche.

Con la rápida partida del extraño avión de Bill Barnes, los hombres que montaban guardia en su hangar descuidaron la vigilancia y salieron al campo con los otros, dejando, durante quince minutos, las puertas abiertas y sin vigilancia.

Nadie observó dos figuras furtivas que penetraron al amparo de las sombras, por las puertas abiertas, y dirigieron al interior del edificio.

Una tercera sombra montaba guardia vigilando los movimientos del grupo congregado en el campo, mientras sus dos cómplices trabajaban rápida y silenciosamente en el interior del hangar.

El resultado de sus labores fue colocar en posición un objeto cilíndrico que apuntaba al lugar que debía ocupar el avión misterioso.

El hombre que vigilaba en las sombras del umbral emitió un silbido de aviso y se alejó del campo. Sus dos cómplices se dispusieron a imitarle, pero el avión de Bill Barnes regresó tan pronto y entró en el hangar con tal presteza, que retrocedieron en las sombras, frustrada la ocasión de escapar.

Así resultó que el aeroplano de experimentos quedó encerrado sin que nadie supiera que dos sombras se escondían en la oscuridad, palpando la superficie del aparato, y cuchicheando en tonos guturales y excitados.

Uno de ellos sacó unos alambres y un par de alicates de los bolsillos y los dos hombres empezaron a trabajar silenciosa y velozmente, conectando el objeto cilíndrico con el mecanismo de arranque del avión misterioso.

Terminada su labor escucharon las voces de los vigilantes situados al otro lado de la puerta.

Los dos intrusos celebraron consejo en voz baja, para hallar, evidentemente, la manera de salir del hangar. El resultado de la conversación fue que probaron las ventanas y al fin lograron abrir una situada en la parte trasera del hangar. Deslizándose por ella, saltaron al exterior, en la oscuridad, cerrando con cuidado la ventana.

Con gran ansiedad se alejaron todo lo posible de aquel cilindro de aspecto inocente, conectado con el aparato de Bill Barnes. Es fácil imaginar lo que sucedería cuando una chispa eléctrica se transmitiese a aquel cilindro que tenía todas las características de estar cargado de explosivos.

Unos minutos antes de que ocurriera esto, el joven Sandbag Sanders, avergonzado y confuso por la acogida dispensada a su intento de relatar el argumento de una película, tuvo una idea.

Existía mucho misterio en torno a aquel campo de aviación y se le ocurrió que podía convertirse en un héroe solucionando parte del enigma.

Los hombres de la sala de mandos no se fijaron en él cuando salió dispuesto a realizar una hazaña detectivesca. Tampoco le observaron cuando, cruzando con

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

